



TERTIUS ORDO REGULARIS SANCTI FRANCISCI **CONSILIUM GENERALE**

Prot. 55/2010

*Carta del Ministro General
y del Consejo General
a todos los Hermanos y Hermanas
de la Tercera Orden Regular de San Francisco de Asís
en ocasión de la Navidad, 2010*

Contemplar la morada de Dios entre nosotros e inculturar el Evangelio en el mundo

*Y la Palabra se hizo carne y puso su morada entre nosotros. Y nosotros hemos visto
su gloria, la gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de
verdad
(Jn 1,14).*

*El Verbo sale del Padre y viene a vivir entre los suyos, y retorna al seno del Padre
para llevar consigo a toda la creación que ha sido creada en Él y para Él
(Verbum Domini 121).*

Queridos hermanos y hermanas,

Para todos nosotros el tiempo de Adviento está lleno de intenso trabajo en preparación para una de las más bellas y significativas celebraciones de nuestra fe cristiana, el nacimiento de nuestro Señor Jesucristo. Ya sea que estemos inmersos en el ministerio parroquial o en una institución académica, en una misión rural o en la pastoral hospitalaria, en el liderazgo de una fraternidad o en una casa de formación, o incluso en el ministerio de la oración y la contemplación, la preparación para la Navidad es emocionante – pero también puede convertirse en un tiempo fatigoso para muchos religiosos. En este contexto, es claro que el verdadero sentido de la Navidad se está oscurecido en muchas partes del mundo y en las mentes y los corazones de muchos. Esto puede deberse en parte al hecho de que muchos cristianos no se prepararan adecuadamente ellos mismos, ni a sus familias ni a sus comunidades, para recibir el don sublime de Dios, *el Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad*. Por eso es importante que nos demos tiempo para reflexionar sobre cómo estamos entrando en la



belleza y la verdad cautivantes de esta gran fiesta y qué nos dice la encarnación del Hijo de Dios en nuestras circunstancias actuales, tanto a nivel individual y como comunitario.

Al recorrer el camino del Adviento en un espíritu de vigilancia y apertura creciente a la venida del Señor, tenemos el reto de dejar que la gracia del Señor nos permita mirar una vez más el mundo como el lugar donde Dios *puso su morada* - aunque muchas personas todavía no conozcan a Cristo y muchos otros parezcan haber puesto su fe bajo *el celemín*. Hay algo sobre la Navidad que incluso los poderes de este mundo no puede detener. Esto se demostró de manera dramática en la Navidad de 1914 con el cese al fuego entre las tropas alemanas e inglesas en el frente de Flandes durante la Primera Guerra Mundial.

Cuando llega la Navidad nos reunimos en fraternidad, a veces con una comunidad más grande de fieles, para celebrar mediante liturgias solemnes y alegres el nacimiento de nuestro Señor y Salvador, el niño Jesús, que es *el sol que nace de lo alto* (Lc 1, 78), con el fin de acogerlo en la fe y el amor. Sin embargo, también somos conscientes de los crecientes intentos de "secuestrar" el sentido cristiano de esta celebración por medio de un comercialismo agresivo, un secularismo descarado u otras ideologías que no simpatizan con el sentido religioso de la palabra. En este contexto, es importante que todos los cristianos busquemos cada año una experiencia significativa de la Navidad que nos ponga en contacto con el misterio de la encarnación del Hijo de Dios, para ser así transformados por su gracia renovadora. También es crucial que nosotros los religiosos estemos en la vanguardia de esta búsqueda y caminemos junto a nuestros hermanos y hermanas en Cristo que esperan su venida, para hacerlo presente en nuestro mundo cada día.

La fiesta de las fiestas

Francisco de Asís es una referencia indispensable para nosotros en el esfuerzo por celebrar la Navidad de una manera significativa. A medida que avanzaba en su itinerario espiritual, se enfocó cada vez más en la humanidad de Cristo, en su sufrimiento y humilde condición, especialmente luego de su visita a Tierra Santa en 1219. El primer biógrafo del santo, Tomás de Celano, nos dice que *"la humildad de la encarnación y la caridad de la pasión ocupaba su memoria... al extremo que él quería apenas pensar en cualquier otra cosa"* (1C 84). En su segunda biografía de Francisco, Celano afirma que el *Poverello* consideraba el nacimiento del Niño Jesús como *"la fiesta de las fiestas"* y que *"con preferencia a las demás solemnidades [lo] celebraba con inefable alegría"* (2C 199) porque Dios se hizo un *"niño pequeñuelo"* para salvar a la humanidad. Francisco mismo aseveró acerca del Hijo de Dios: *"Él era rico sin medida y aún así él y su santa Madre escogieron la pobreza"* (2 Lf 5) y desafió a sus seguidores a enamorarse profundamente de Cristo.

Como bien sabemos, en 1223 Francisco organizó una representación del nacimiento de Belén en una pequeña gruta de Greccio el día de Navidad. En este proyecto fue asistido por su amigo Juan y participaron en la celebración frailes y multitudes de personas con velas y antorchas (cf. 1C 84 a 87). La *Leyenda Mayor* de San Buenaventura agrega que Francisco había obtenido previamente el permiso del Papa



para celebrar la ceremonia de esta manera e *"hizo preparar un pesebre con el heno correspondiente y mandó traer al lugar un buey y un asno"* (LMX, 7). Se celebró una Misa "en el pesebre" en la que Francisco asistió como diácono y predicó. Las leyendas cuentan que la celebración nocturna, en la que el canto de los frailes y de la multitud resonaba en el bosque, fue de gran luz y alegría para las personas - e incluso para los animales. Es interesante observar que, para Francisco, este evento representó una experiencia de profunda y gozosa contemplación del *Niño de Belén* que lo motivó a predicar con tanta pasión y amor que, junto con toda la celebración de fe, ayudó a reavivar la fe y la devoción en los corazones de muchas personas. *Allí la simplicidad recibe honor, la pobreza es ensalzada, se valora la humildad, y Greccio se convierte en una nueva Belén"* (1C 85). También vale la pena recordar algunas de las implicaciones de mayor alcance que Francisco atribuía a esta fiesta: *"En este día Francisco quería que los ricos den de comer en abundancia a los pobres y hambrientos y que los bueyes y los asnos tengan más pienso y hierba de lo acostumbrado"* (2C 200).

Una verdadera celebración de este misterio central de nuestra fe ha de ayudar a todos los cristianos a crecer más y más en el aprecio de la presencia de Dios en medio de nosotros - y de la dignidad más alta otorgada por la encarnación de su Hijo a toda la creación - en particular a la extraordinaria experiencia de la existencia humana. En esta experiencia caminamos en la fe y el amor, acompañados de muchos hermanos y hermanas, mientras la historia se dirige hacia su plenitud en Cristo.

Con el fin de crecer en el aprecio de la presencia de Dios en y alrededor de nosotros, es necesario aprender a contemplarlo a Él y sus obras. Como afirman las *Constituciones* de la Orden: *"Nosotros contemplamos su rostro y las maravillas de sus obras, descubriéndole en todas las criaturas y dándole gracias"* (art. 71). La contemplación no debe entenderse en un sentido restringido, sino en una manera más integral ya que Dios viene a nosotros en una variedad de maneras y siempre de acuerdo a su libertad absoluta. Por ejemplo, la Navidad nos ofrece una oportunidad única para contemplar al niño Jesús a través de la oración en silencio y el canto, a través de celebraciones solemnes, a través de las luchas y aspiraciones de hombres y mujeres de nuestro tiempo en medio de sus alegrías y sus penas, a través de la proclamación y la meditación de la Palabra, a través de una lectura atenta de los signos de nuestro tiempo, e incluso en la sencillez del pesebre.

Buscadores de Dios por vocación

Una forma en que podemos percibir que Dios viene a nosotros y nos guía es a través de *los criterios de la Iglesia* (Const. 4) y el ejercicio de la *autoridad del Sumo Pontífice* (Const. 116. § 2). En este sentido nos gustaría considerar cuidadosamente el mensaje dirigido por el Papa Benedicto XVI a los participantes en la Asamblea General de la Unión de Superiores Generales (USG) y la Junta ejecutiva de la Unión Internacional de Superiores Generales (UISG) el 26 de noviembre 2010. A pesar de que el tema de la Asamblea se centró en la vida consagrada en Europa, el Papa quiso extender sus pensamientos a todos los miembros de las órdenes e institutos representados por sus Superiores Generales," especialmente a aquellos que sufren por testimoniar el Evangelio". En primer lugar, el Santo Padre expresó su gratitud por "las múltiples actividades pastorales" que los religiosos hacen "en la Iglesia y con la Iglesia en favor de



la evangelización y del hombre". A través de ellos todos - continúa el Papa - manifiestan su "pasión por Cristo y por la humanidad."

Benedicto XVI aborda algunos de los elementos esenciales de la vida consagrada - haciendo referencias, tanto contemporáneas como de la tradición, al esquema clásico de consagración, comunidad y misión - con el propósito explícito de perfilar su identidad y fomentar su revitalización. Explica que esta vocación es, en primer lugar, la de buscar a Dios - *quaerere Deum*. Él nos recuerda que los religiosos somos por vocación "buscadores de Dios " y que pasamos "de las cosas secundarias a aquellas esenciales, a aquellas que son en verdad importantes ... lo definitivo ... Dios". En consonancia con el tema de esta carta, afirma que los religiosos buscan a Dios en una variedad de modos:

- en los hermanos que el Señor nos ha dado y con los que compartimos "la misma vida y misión";
- "En los hombres y mujeres de nuestro tiempo", a los cuales somos "enviados para ofrecerles ... el don del Evangelio";
- "particularmente en los pobres, primeros destinatarios de la Buena Noticia (Lc 4,18)", y,
- en la Iglesia, donde el Señor se ha hecho presente, sobre todo en la Eucaristía y en los otros sacramentos, y en su Palabra, que es vía maestra para la búsqueda de Dios, que introduce en el diálogo con Él y en la que revela su verdadero rostro."

A continuación, exhorta a todos los religiosos consagrados a ser siempre "apasionados buscadores y testigos de Dios!"

Benedicto XVI nos recuerda que la centralidad de la Palabra de Dios - en particular del Evangelio - es el punto de partida de "la renovación profunda de la vida consagrada" (PC cf. n. 2). También afirma que el vivir el Evangelio a diario tiene un impacto definitivo en cómo la vida consagrada se percibe en el mundo:

Es el Evangelio vivido cada día el elemento que da encanto y belleza a la vida consagrada y la presenta ante el mundo como una alternativa fiable. De esto tiene necesidad la sociedad actual; esto es lo que espera la Iglesia de vosotros: ser Evangelio viviente.

El Papa prosigue aludiendo a otro componente fundamental de la vida consagrada: la fraternidad, que es "*confessio Trinitatis*" (cf. *Vita consecrata*, 41) y parábola de la Iglesia comunión. Señala algunos de los aspectos atractivos y desafíos que esta realidad presenta a la sociedad moderna:

La vida fraterna es uno de los aspectos que más buscan los jóvenes cuando se acercan a vuestra vida; es un elemento profético importante que ofrecéis en una sociedad fuertemente individualista... Sin el discernimiento, acompañado de la oración y de la reflexión, la vida consagrada corre el peligro de acomodarse a los criterios de este mundo: individualismo, consumismo, materialismo; criterios



que hacen venir a menos la fraternidad y perder el encanto y el mordiente de la misma vida consagrada ...

En conexión con las observaciones del Santo Padre, parece oportuno recordar algo de lo que nuestra *Regla* afirma con respecto a la visibilidad y la autenticidad de nuestra vida fraterna:

Y confiadamente manifieste el uno al otro su propia necesidad, para que le encuentre lo necesario y se lo proporcione. Dichosos los que aman tanto al otro cuando está enfermo y no puede corresponderles como cuando está sano y puede corresponderles Art. 23).

A continuación, el sucesor de Pedro destaca el elemento de la misión. Afirma que la misión es parte de la identidad de la vida consagrada, ya que se refiere a uno de los aspectos esenciales del modo de ser de la Iglesia – el de "llevar el Evangelio a todos, sin fronteras." Nos recuerda que la misión debe ser "sostenida por una fuerte experiencia de Dios, por una robusta formación y una vida fraterna en comunidad." Con esto en mente, nos insta a cumplir nuestra misión con una imagen bíblica llena de resonancias para nuestro tiempo: "Renovad vuestra presencia en los areópagos de hoy para anunciar, como lo hizo San Pablo en Atenas, al Dios desconocido".

Por último, en el contexto actual de disminución numérica de muchos institutos religiosos, el Papa anima a los religiosos y religiosas a caminar en la fe y la esperanza y tener en cuenta que "la vida consagrada tiene su origen en el Señor: es querida por Él para la edificación y la santidad de su Iglesia, por eso la misma Iglesia no será nunca privada de ella." Esta renovada confianza en Dios debe llevarnos a hacer nuestra parte en las áreas de crecimiento y desarrollo institucional. Es por eso que él llama a "un renovado empeño en la pastoral vocacional, así como en la formación inicial y permanente." Estas dos recomendaciones finales pueden ser mucho más relevantes y profundas de lo que parecen ser a primera vista.

La inculturación del Evangelio

Si el Santo Padre nos recuerda que la vida consagrada es querida por el Señor "para la edificación y la santidad de su Iglesia" y nos anima a renovar su presencia en los "areópagos de hoy", nos corresponde reflexionar sobre cómo puede suceder esto. Después de contemplar *la gloria del Hijo único del Padre*, ¿cómo podemos compartir *su gracia y su verdad* con el mundo? Nuestro mundo posmoderno presenta ásperos desafíos a la aceptación de la verdad del Evangelio - y al reconocimiento de la realidad trascendente de Dios y de la sublime dignidad de cada ser humano, sin importar su condición social, edad o nacionalidad. ¿Cómo podemos impregnar las culturas en que vivimos, llenas como están de ideologías contrastantes y trastornos sociales, con la levadura del Evangelio? ¿Cómo podemos seguir los pasos de Cristo, que se hizo uno de nosotros para salvarnos a todos, en nuestras propias circunstancias de vida? ¿Cuáles son algunos de los areópagos de hoy en día en los que deberíamos participar más activamente como testigos de la luz de la Palabra hecha carne?

Con el fin de buscar alguna guía en esta búsqueda, nos gustaría tener en cuenta las intuiciones del cardenal Angelo Amato, SDB, prefecto de la Congregación para las



Causas de los Santos, que compartió en la Universidad Pontificia «Antonianum» durante un simposio sobre "Santidad franciscana hoy." Durante su presentación, el Cardenal reflexionó sobre el papel sobresaliente de los santos en el proceso de inculturación del Evangelio y la forma en que lo llevan a cabo. Observó que,

Los santos son los verdaderos agentes de la inculturación del Evangelio, no mediante teorías elaboradas en el escritorio, sino viviendo y manifestando la *sequela Christi* en su propia cultura. Los santos muestran la verdad del Evangelio con su existencia. En ellos se realiza la metamorfosis cristiana de una cultura, ya que revelan cómo las bienaventuranzas evangélicas tocan los corazones y las mentes de las personas de cada cultura y los convierten al bien. En los santos la inculturación no se da principalmente *ab externo*, en el estilo de las iglesias, en las posturas del cuerpo, en el ropaje lingüístico, sino sobre todo *ab interno*, en su persona. Ellos son el Evangelio viviente en persona para esa cultura ("El sentido de la santidad en la vida de la Iglesia hoy", presentado en una jornada de estudio en la Universidad Pontificia Antonianum sobre "Santidad franciscana hoy y la gracia de los orígenes", 29 de abril de 2009, p. 35-36).

El cardenal Amato señaló también el paralelismo histórico entre la Iglesia de los primeros siglos y la de hoy en lo que respecta al mandato de evangelizar todas las culturas y mencionó el ejemplo de una santa TOR de la India recientemente canonizada:

Como en los inicios de la Iglesia fueron los santos pastores, los teólogos santos y los santos mártires los que evangelizaron las culturas de la tierra, así hoy la Iglesia necesita santos para el éxito de toda inculturación. De hecho, el Evangelio no está reservado a una cultura determinada, sino a todas las culturas: "Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura" (Mc 16:15). Ayer como hoy, esta tarea se confía sobre todo a los santos. El 12 de octubre de 2008 fue canonizada Sta. Alfonsa Muttathupadathu (1910-1946), la primera santa de la India. Esta joven hermana, con su bondad y su adhesión a la cruz de Cristo, constituye un ejemplo de auténtica inculturación, mostrando la posibilidad de la *sequela Christi* en su cultura. Su mera existencia como consagrada fue considerada de inmediato por sus alumnos como ejemplar, incluso heroica (p. 36).

Anteriormente en su presentación, había contado un relato sobre una muy conocida persona santa de nuestro tiempo, que impresionó a millones de personas, uno por uno, tal como sirvió a miles de personas marginadas y empobrecidas. El efecto de su vida y su testimonio están bien descritos en el comentario final del hombre pobre del relato:

Un día Teresa de Calcuta rescató de la suciedad y de la indiferencia de los transeúntes a un pobre moribundo, el cual, sintiéndose tratado con amabilidad y bondad por primera vez en su vida, le preguntó quién era: "Soy una religiosa católica", respondió la madre. Pero el hombre movió la cabeza con un gesto típico de la India y refutó: "Tú eres la sonrisa de Dios" (p. 35).

El Prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos concluyó destacando la razón de la eficacia de la proclamación del Evangelio por los santos:



En eso consiste también la dimensión misionera de los santos, que son una encarnación personal del evangelio. Su existencia es la obra más eficaz para convencer de la bondad de la palabra de Dios, de su verdad por la existencia gozosa de la humanidad. Sólo así se explican las conversiones al evangelio obradas por los santos misioneros, a partir de los apóstoles, que se esparcieron por todo el mundo anunciando la buena noticia de la salvación en Cristo, convirtiendo y bautizando (p. 36).

En todo lugar y circunstancia

Obviamente, la reflexión del cardenal no debe llevarnos a pensar que la inculturación del evangelio es sólo la tarea de aquellos que han sido, o serán, oficialmente canonizados por la Iglesia. Aquí puede ser útil recordar algunos elementos esenciales de la vocación universal a la santidad como los vieron los Padres del Concilio Vaticano II. Cabe señalar que ellos indican que la santidad es primero una llamada y un don de Dios y que no se puede lograr por la fuerza y la sabiduría meramente humanas. También señalan las consecuencias sociales que brotan naturalmente del vivir la *plenitud de la vida cristiana y la perfección de la caridad*, a las que todos los bautizados están llamados:

... todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad, y esta santidad suscita un nivel de vida más humano incluso en la sociedad terrena. En el logro de esta perfección empeñen los fieles las fuerzas recibidas según la medida de la donación de Cristo, a fin de que, siguiendo sus huellas y hechos conformes a su imagen, obedeciendo en todo a la voluntad del Padre, se entreguen con toda su alma a la gloria de Dios y al servicio del prójimo. Así, la santidad del Pueblo de Dios producirá abundantes frutos, como brillantemente lo demuestra la historia de la Iglesia con la vida de tantos santos (*LG 40*, cf. también *Const. TOR 2*).

En este camino de *empeñar nuestras fuerzas según la medida de la donación de Cristo*, no debemos desalentarnos a causa de nuestros múltiples fracasos. De hecho, sólo cuando enfrentamos con honestidad nuestras debilidades y nuestras limitaciones, nuestros prejuicios y conceptos erróneos, nuestros defectos y nuestros errores, podemos continuar con el proceso de crecer como seres humanos y seguidores de Cristo. Sólo cuando aprendemos a aceptar nuestra historia y trayectoria personal podemos amarnos a nosotros mismos y estar abiertos para acoger a otras personas en nuestras vidas con respeto y amor fraterno.

Conclusión

Nos gustaría concluir esta carta con algunas observaciones de la *Regla* que hemos profesado sobre la humildad. Como recordamos previamente, Francisco de Asís quedó impresionado por la humildad y la pobreza del Hijo de Dios al contemplar su



encarnación. Tratar de vivir como siervos humildes y agradecidos del Señor nos puede ayudar bastante en nuestro reto de inculturar el *Evangelio en todo lugar y circunstancia*:

En la caridad que es Dios, todos los hermanos y hermanas, ya oren, ya sirvan, ya trabajen, procuren ser humildes en todo, sin vanagloriarse ni complacerse de sí mismos ni envanecerse interiormente de las palabras y obras buenas, más aún, de bien alguno que Dios hace o dice o realiza alguna vez en ellos y por medio de ellos. En todo lugar y en toda circunstancia, reconozcan que todos los bienes son del Señor Dios altísimo, dueño de todo, y tribútenle gracias, porque todos los bienes proceden de él. (Art. 31)

Durante esta temporada navideña, abracemos el valor, la humildad, y la fuerza de inculturar el Evangelio en todo lugar y circunstancia.

Roma, 25 de diciembre 2010

p. Michael J. Higgins, TOR
Ministro General

p. John Kochuchira, TOR
Vicario General

p. Bernat Nebot Llinás, TOR
1° Definidor General

p. Amando Trujillo Cano, TOR
2° Definidor General

fr. Mark McBride, TOR
3° Definidor General

p. José Antonio Martorell Pou, TOR
4° Definidor General

p. Pierangelo D'Aiuto TOR
Secretario General